

EL TIEMPO PROPICIO DEL ARREPENTIMIENTO.-

Nosotros los seres humanos nos desarrollamos psicológicamente en cuatro etapas que son:

- 1.- LA ETAPA SENSORIAL
- 2.- EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA
- 3.- EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA SOCIAL
- 4.- EL RAZONAMIENTO REFLEXIVO.

Cuando llegamos a la etapa del Razonamiento Reflexivo, que empieza a suceder más o menos, desde los seis años en adelante, ya estamos listos para que el Señor pueda llegar a obtener el fruto por el cual nos creó. Si figuramos al ser humano como un plantillo del Señor, podemos decir que al llegar a la etapa del razonamiento, cualquier persona está apta para dar fruto para Dios. Los agricultores saben que hay un tiempo normal ya estipulado para que una planta dé frutos, aunque cada planta difiere en ese tiempo debido a su naturaleza. Igualmente es Dios con el hombre, Él sabe que hay un tiempo estipulado en el cuál podemos dar fruto para Él, aunque algunos lo den antes que otros, pero entre los seis y los doce años el ser humano está apto para responder por sí mismo ante Dios. Por ejemplo, el Señor Jesús a sus doce años ya estaba desarrollado psicológicamente, y apto para atender las cosas de Dios. La Biblia no dice mucho acerca de la niñez de Jesús, sin embargo, habla más detalladamente del episodio en el cual el Señor a sus doce años se quedó en el Templo discutiendo con los doctores de la Ley (*Lucas 2:41-52*). A esa edad Jesús ya no era un niño, era un hombre pleno, había alcanzado su desarrollo psicológico al punto de que pudo decidir por sí mismo quedarse en Jerusalén para ver los negocios de Su Padre. Dios conoce nuestro ser interior, Él nos hizo, Él nos estructuró tanto en lo físico como en lo psicológico.

No es casualidad que los cuatro Evangelios hayan omitido la niñez de Jesús. Hasta Lucas que es el Evangelio más detallista decidió omitir el asunto. La razón de este silencio es más que obvio, Dios se acerca al hombre con el fin de encontrar un fruto, y Él sabe que la niñez no es propiamente ese tiempo, sino cuando el ser humano se ha desarrollado a plenitud psicológicamente. Dios se acercará a buscar fruto en nosotros mucho más antes de lo que pensamos. Algunos creyentes dicen: "*Yo me convertí al Señor hasta los cuarenta años*", sí pero seguramente Dios buscó fruto en ellos antes de ese tiempo.

Cuando Dios se acerca a nosotros los seres humanos, normalmente nos encuentra cual plantas añejadas, con muchos problemas, y con un mal desarrollo. La realidad es que todos los seres humanos caídos no nos desarrollamos adecuadamente, no hay ninguno bueno. Muchos podemos atestiguar que hay niños que nacen dentro del seno de la Iglesia, a los cuales vemos crecer, y nos sorprende verlos cantar con toda devoción, estar atentos a lo que se comparte en las reuniones, y comportarse como si ya fueran adultos. En realidad las primeras etapas de la vida consisten en imitar a los mayores; si el mundo que un niño conoce está relacionado a una Iglesia, seguramente él imitará a los líderes de tal Iglesia. Los niños que no han llegado a la etapa del razonamiento reflexivo sólo tienen una apariencia de piedad, las cosas de Dios para ellos aún no son una convicción. Otra de las razones por las cuales los niños a temprana edad se ven buscadores de las cosas de Dios, es por la sintonía de los espíritus, sencillamente se sienten atraídos hacia aquellos que logran transmitirles algo a nivel espiritual. Pero mientras el niño no llegue a la etapa del Razonamiento Reflexivo, aun Dios no demanda un fruto personal, pues, Él sabe que aun no es el tiempo. Ahora bien, llegado el tiempo en el cual el niño se convierte en un ser pleno, Dios llega y demanda frutos para Él.

¿Qué espera Dios de los hombres y de los niños que ya pueden hacer uso del razonamiento reflexivo? En realidad nada bueno, la concepción que el niño tiene de Dios es solo una falacia, es solo un código de imitación de los adultos a quienes estuvo expuesto. Dios sabe que no

hallará nada bueno en el hombre, sin embargo, a Él le plugo rescatar a la simiente de Abraham, es decir, a la raza humana. A sabiendas de que el hombre no tiene nada bueno en sí mismo, y que está lleno de problemas, aun así Dios busca al hombre porque quiere restaurarlo. Dios sabe que a pesar de toda la mal formación que tenemos, y de todos nuestros programas emocionales para la felicidad a los cuales estamos configurados, con todo y eso, tenemos la oportunidad de ser regenerados y transformados a Su imagen y semejanza.

Dios puede cambiarnos, para Él todos los hombres tenemos la oportunidad de llegar a ser aquello para lo cual fuimos creados. Aún cuando el hombre no se encuentre con Dios en sus primeros años de vida, todavía Él quiere y puede cambiar las cosas, todavía Él da oportunidades y esperanza al ser humano. Dicha puerta de esperanza es lo que Juan el Bautista y el Señor Jesús predicaron: *“Arrepentíos porque el Reino de los Cielos se ha acercado”*. La puerta de auxilio para el hombre es el arrepentimiento.

Bajo este punto de vista, quisiera que viéramos un punto de vista más acerca del Arrepentimiento. En muchas ocasiones hemos estudiado acerca de lo que significa el arrepentimiento, pero en esta ocasión quisiera agregar un pensamiento más al respecto: *“El arrepentimiento es el permiso que le damos a Dios para que Él desmantele nuestros programas emocionales”*. Cuando Dios llega a nuestras vidas, Él nos muestra que no tenemos nada bueno; nos muestra que no tenemos paz, que estamos alejados de Él, nos muestra que somos dados a la inmundicia, etc. Nuestra condición debiera ser otra, sin embargo, Él nos encuentra en un caos interior.

La raza humana caída a los doce años, la vida lo ha convertido en alguien inútil para Dios. A nuestros ojos los niños a sus doce años son inocentes, juguetones, divertidos, estudiosos, etc. pero para Dios ya son inútiles, son malos en su corazón; sin embargo, Dios en Su grande misericordia mira más allá de eso y les da la oportunidad de arrepentirse. La Biblia nos narra una hermosa parábola que nos demuestra la manera de obrar de Dios con el hombre; dice *Lucas 13:6 “Dijo también esta parábola: Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. v:7 Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? v:8 Él entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. v:9 Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después”*. Así nos trata Dios a nosotros, nos alarga Su misericordia. Lo normal debería de ser que a nuestros siete años de vida ya tuviéramos fruto para Dios, sin embargo nos acontece todo lo contrario, a tan corta edad ya estamos alejados de Dios. La única esperanza para que el hombre salga de ese estado caótico es el arrepentimiento.

Los Evangelios nos dicen a voces que debemos dar “frutos dignos de arrepentimiento”, es lo único que nos puede hacer producir los frutos que Dios espera de nosotros. Esto no es exagerar el Evangelio, es reconocer que es la única puerta de esperanza que tenemos. Debemos arrepentirnos primeramente sintiendo un dolor por nuestro pecado, luego debemos arrepentirnos cambiando nuestra manera de pensar; pero hay algo más que debemos hacer: Debemos darle permiso a Dios para que desmantele nuestros programas emocionales.

Si no hemos llorado nuestra condición pecaminosa es porque no nos hemos arrepentido. Hay muchos creyentes que no se han dado cuenta que van caminando en una ruta de perdición, ignoran lo que hacen y lo que son, sin embargo, se creen justos en su propia opinión. Para empezar, arrepentirnos es llorar nuestra condición pecaminosa, reconocer que habitamos en un cuerpo de muerte.

Hay otros que se arrepienten, y lloran su pecado; éstos ya avanzaron, pero son como Judas el Iscariote, un hombre que le pesó en su corazón haber entregado al Señor, que se arrepintió de lo que había hecho al punto que devolvió las monedas, sin embargo, le hizo falta algo más en el proceso del arrepentimiento.

Hay otro tipo de creyentes que lloran su pecado, reconocen su condición, dejan a un lado su mal proceder en la vida, y hasta se integran al Cuerpo de Cristo, sin embargo, todavía les hace falta algo más en el proceso del arrepentimiento.

Hermanos, necesitamos entregarnos a Dios sin reservas, tenemos que entregarnos totalmente, tenemos que darle permiso a Él para que llegue a lo más profundo de nuestro ser, y haga como bien le parezca. Muchas veces estamos dispuestos a servirle al Señor, a dar nuestros diezmos y ofrendas fielmente, pero no permitimos que Él toque la esencia de nuestra vida. Estar arrepentidos es estar dispuestos a que Dios desmantele toda nuestra vida para que de verdad seamos nuevas criaturas.

El mayor de los problemas no es ser pecador, ni tampoco es ser como la mujer samaritana que tuvo cinco maridos, el problema más grande es no tener la actitud de esa mujer, la cual estuvo dispuesta a dejar su cántaro (si lo vemos figurativamente eso es estar dispuestos a dejar lo propio) ella estuvo dispuesta a dejar lo de ella, le permitió al Señor que la quebrara, que le cambiara su vida. Hermanos, el arrepentimiento consiste en tal disposición a ser anulados en nuestro “yo”.

Si somos honestos, hay muchas cosas a las que tenemos apegos excesivos, cosas que no queremos dejar, que no estamos dispuestos a que Dios las cambie, sin embargo, es necesario entregarle toda nuestra vida al Señor. La regeneración necesita cambios. Dios tiene que destruir muchas cosas para poderlas hacer nuevas. Todas las etapas de nuestra niñez en las que nos programamos emocionalmente necesitan ser desmanteladas. Hay barreras de orgullo o timidez que surgieron desde nuestros primeros años de vida, que ni sabemos por qué las tenemos, y lo peor es que ni siquiera las podemos dominar, sin embargo, Dios quiere libertarnos de ellas.

Obviamente nuestro problema viene desde la caída de Adán en el huerto, pero también han influido las circunstancias que nos rodearon desde que estuvimos en el vientre de nuestra madre. Nuestro hombre viejo es el resultado de la caída de Adán más todas las vicisitudes que nos han rodeado en la vida. Nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros amigos, y toda la gente que nos rodeó en la infancia aportaron su granito de arena para que se nos formaran los programas emocionales que hoy tenemos. Tales programaciones nos han convertido en seres introvertidos, orgullosos, iracundos y cuantos problemas emocionales tengamos cada uno.

Aparte de las programaciones emocionales, también tenemos apegos excesivos los cuales no queremos soltar. En otras ocasiones he contado como en mi tierra Guatemala, cazan a los micos. A estos animalitos les gusta el maíz cocido, así que los cazadores toman un coco, le hacen una pequeña abertura y le echan el maíz cocido adentro. La abertura del coco les permite a los micos meter la mano extendida, el problema es que cuando empuñan la mano con el maíz ya no pueden sacarla, así que en la batalla de querer sacar la mano con todo y el maíz, el cazador los agarra en tal lucha y se los lleva cautivos. Más o menos así somos nosotros con ciertas cosas, nos apegamos tanto a ellas que nos pasan los años y nunca somos libres. Por ejemplo, hay personas que se refugian en sentimientos de inferioridad, y se apegan tanto a eso, que todo el tiempo viven creyendo que nadie los quiere. Siempre habrán personas a los que les vamos a caer mal, pero habrán otros que nos van a amar. Sin embargo, hay quienes les encanta creer que nadie los quiere, les gusta lastimarse con esos sentimientos de desprecio hacia sí mismos.

¿Por qué razón tenemos tantos conflictos emocionales y apegos excesivos en el alma? Porque éstas cosas surgieron en nuestra niñez, surgieron cuando aún no podíamos hacer uso del razonamiento reflexivo. En ese tiempo aun no podíamos pensar, sin embargo, ciertas emociones se impregnaron tanto en nuestro sistema nervioso, al punto que nos hicimos reactivos a esas circunstancias de la vida. Los que tuvieron falta de amor, se refugiaron en la dureza de corazón, de modo que para ellos el amor de Dios no tiene cabida. Este tipo de circunstancias son las que se convierten en programas emocionales, en apegos excesivos que son una droga para el alma, cadenas difíciles de ser quebrantadas.

Dios en Su misericordia tiene a bien encontrarnos y aceptarnos en tal condición caótica. Lo primero que Él nos dice es: “Arrepiéntanse”, en otras palabras, “dejen que Yo quiebre sus yugos de opresión”, “dejen que Yo quebrante sus programas emocionales”, “dejen que Yo los liberte de sus apegos excesivos”. Los Evangelios nos muestran a un Cristo que se especializaba en dismantelar los programas emocionales de los hombres. Él lo hizo así con la samaritana, le quebró sus programas emocionales de tajo, en unas cuantas palabras el Señor le dijo cuantos maridos había tenido, y le advirtió que el que ahora tenía no era su marido; esas palabras quebraron a la samaritana. Lo mismo hizo el Señor con Zaqueo, con el apóstol Pedro, Levi, Andrés, y otros hombres más. El Señor los quería restaurar, pero antes le era necesario quebrar sus programas emocionales. Cada vez que el Señor encontraba a alguien lo sacaba de su zona de confort, lo sacaba de su círculo de confianza, en pocas palabras, les quebrantaba sus vidas. El Señor le decía a los que llamaba en pos de sí, que les era necesario dejar padre, madre, hermanos, tierras, y casas. El Evangelio del Señor Jesús no es un cuento de hadas, ni es tampoco la historia de la lámpara de Aladino, el Evangelio consiste en “nacer de nuevo”, en entregarle todo a Dios para que Él haga todas las cosas nuevas en nosotros aunque para eso tenga que quebrar toda nuestra vida.

Dios no puede darnos Su Vida divina sin tratar nuestro hombre viejo, no puede darnos Su paz si tenemos interiormente un hombre viejo inestable; para que Dios haga algo en nuestras vidas tenemos que estar dispuestos a los cambios. Esto es parecido a algunas charlas matrimoniales, muchos hermanos quieren que los aconseje, pero de entrada me dicen que no están dispuestos a cambiar nada, entonces mejor ni hablemos. Si queremos seguir al Señor, arrepiéntámonos, démosle permiso a Él para que desmantele nuestras vidas.

Hermanos, muchas cosas se forjaron en nuestra vida antes de tener uso de razón, y lamentablemente no podemos retroceder el tiempo para evitarlas, sin embargo, desde el momento en que hacemos uso del razonamiento reflexivo podemos responderle al Señor, podemos autorizarle a que Él haga lo que tenga que hacer con tal de ser restaurados.